

# Víctor Turner en La Rioja

Divagaciones en torno al llamado *sorteo de novias* <sup>1</sup>

M.<sup>a</sup> Isabel JOCILES RUBIO

Pasadas las doce de la noche del último día de cada año, los mozos solos, los quintos o, en ciertos lugares, los mozos y las mozas en alegre camaradería se congregaban en un recinto público con la expresa intención de proceder al sorteo de novias, a echar a novias, a echar a suerte las mozas, a poner las novias o a hacer la lista de novias, denominaciones con que era conocida esta antigua costumbre en La Rioja <sup>2</sup>. Reunidos, en unos casos, junto a la hoguera <sup>3</sup> que los mozos o los muchachos en quintas habían apilado en la plaza y, en otros, en el horno, en una sala del Ayuntamiento, en el local de baile o en una taberna, los jóvenes escribían sobre papeletas los nombres de todos los mozos y las mozas que en esa fecha se hallaban en el pueblo, incluidos los solterones. Tras colocar las papeletas de las chicas en una boina —bolsa o puchero— y las de los chicos en otra, la siguiente operación consistía en extraer alternativamente una de cada lado. Mientras tanto, uno de los presentes confeccionaba una relación de las parejas que el azar iba formando. Si por falta de solteros del sexo opuesto algunos se quedaban sin sus eventuales novias o novios, eran con frecuencia emparejados con la campana de la torre, la fuente de la plaza, el Santo Patrón del lugar, algún viudo o viuda, el toro de la manada, el chivo de la cabrada de villa <sup>4</sup> o bien todos los asnos que fueran necesarios para remediar su solitario destino.

---

1. Este artículo forma parte (sin bien con algunas variaciones) de una obra más amplia que será próximamente publicada por el Instituto de Estudios Riojanos bajo el título de «Niños, mozos y casados a través de sus fiestas».

2. El rito continúa celebrándose en pueblos como Badarán, Cornago, Anguiano, Torrecilla sobre Alesanco o Bobadilla. Dado que hoy en día presenta algunos cambios con respecto al pasado, y a fin de poder llevar a cabo generalizaciones, lo analizaré en todo momento tal como se efectuaba, aproximadamente, desde los años 20 a los 60 de nuestro siglo.

3. Llamada marcha de Nochevieja en algunas localidades.

4. La cabrada de villa es un rebaño de carácter comunal que aún existe en algunos pueblos de La Rioja.

«Aquí se iba, pues, a tu casa o a la mía a echar un zurracapote o un vino. Y luego en el bar, pues, había una boina de chicos y una boina de chicas. ¿no?, y el alcalde de mozos<sup>5</sup> sacaba los números (las papeletas) y ya se escribía. ¿no me entiendes? Y luego, por la mañana, el alcalde leía la lista, pero ahí en el pórtico. En lo primero eran los números: «Calixto R. con Juana», «Pedro Fulano con Petra»; te llamaban con el apellido pa decir qué Petra y qué no Petra» (San Román de Cameros, 70-75 años, varón).

Las chicas, cuando no habían presenciado el sorteo, se enteraban de los resultados de muy diversos modos. En Anguciana, por ejemplo, las papeletas (que se habían cosido de dos en dos) se arrojaban en el atrio de la parroquia, cogiendo cada muchacha aquella en que aparecía su nombre y el de su *partenaire*. En Villavelayo y Almarza de Cameros, a primeras horas del uno de enero, los mozos salían a rondar a las mozas con cantos de júbilo por el año que empezaba; cada uno dedicaba una coplilla a la que le había caído en suerte. En Galilea, Cornago y Avellaneda, el muchacho —al pasar ante la vivienda de la zagala— se lo decía de viva voz con gritos de: ¡Oye, que me has caído de novia!» En Muro de Cameros era preciso esperar al momento de entrar en misa, cuando el chaval ofrecía agua bendita a la chica que le había tocado. En Ajamil, los solteros varones, de vuelta a sus hogares, comunicaban directamente a sus respectivas hermanas, primas o sobrinas la identidad de aquéllos con quienes habían resultado emparejadas. En San Román y Torres de Cameros, después de la misa matinal y desde el pórtico de la iglesia, el alcalde de mozos leía ceremoniosamente la lista de novias. Pero lo más habitual era que ésta, escrita sobre una cuartilla, fuera exhibida en la pared de un bar, en un muro de la plaza o en la puerta del templo parroquial.

«Antes de ir a misa íbamos todas corriendo allí, corriendo a la plaza de la Florida pa ver qué novio nos había tocao. Que la lista, ¿sabes?, la ponían allí, donde los arcos aquellos. ¡Uh, a primera hora salíamos a verla!» (Casalarreina, 65-70 años, mujer).

A partir del momento en que la mencionada lista se hacía pública, las parejas eran tenidas por novios formales; es más, durante el día —el de Año Nuevo— que duraba su fortuito noviazgo, debían mostrar algunos comportamientos propios de los enamorados. En Anguiano y Badarán, verbigracia, ambos acudían juntos a la iglesia. Y en Ajamil, al finalizar la ceremonia religiosa, el mozo cogía del brazo a la chica para que ella lo condujera a su casa, donde era obsequiado con bebidas y pastas; los días anteriores, madres e hijas se había esmerado en dejar relucientes las viviendas y en hornear

---

5. El alcalde de mozos constituía la máxima autoridad de las denominadas sociedades o ayuntamientos de mozos, las cuales —compuestas por los solteros varones— han perdido en bastantes localidades riojanas hasta hace poco tiempo.

sabrosos dulces. En localidades como Galilea, Matute <sup>6</sup>, El Rasillo, Almarza, San Román o Jalón de Cameros, a veces salían a pasear y se tomaban unos vermuts antes de que la muchacha invitase al otro a visitar su morada <sup>7</sup>. No era infrecuente en Badarán que ella, además de convidarlo a bollos, turrón, café y licores, lo instase igualmente a ir a comer o a cenar con sus padres. En el baile de la tarde, el chico tenía que reservar algunas piezas para la novia que el azar le había deparado (Cornago, San Román, Ajamil, Badarán, Estollo, Villavelayo, Anguiano, etc.).

«A lo mejor yo tenía novia de verdad, pero a mi novia le había tocao otro, pues, ella bailaba con aquél y yo bailaba con la otra» (Badarán, 65-70 años, varón).

Los antropólogos que han estudiado estas fiestas encaminadas a emparejar a la mocedad suelen contemplarlas como un medio simbólico de salvaguardar la endogamia local <sup>8</sup>. En esa dirección se mueve, por ejemplo, la interpretación que Luis Vicente Elías brinda en una de sus obras sobre La Rioja <sup>9</sup>:

«Para evitar la partida de las mozas hacia pueblos vecinos, existe un mecanismo festero que esconde en sus raíces la tendencia endogámica de nuestros pueblos. Nos referimos al llamado sorteo de mozas... La razón de estos sorteos de mozas que se realizan en otras zonas de España se relaciona con la endogamia, ya que al estar emparejados todos los habitantes de una población, en la teoría tradicional y simbólica, no es posible que lleguen candidatos forasteros...»

La anterior exégesis, que comparto con las reservas que luego indicaré, se fija sobre todo en la procedencia geográfica de las personas que eran incluidas en el sorteo. Efectivamente, a pesar de que las mozas sorteadas podían ser, por lo común, tanto las residentes habituales en el pueblo como las que, por diversos motivos, se hallaban en él durante las Navidades, únicamente se introducían en la boina los nombres de los mozos autóctonos

---

6. Para el caso de Matute se puede consultar el trabajo de M. <sup>a</sup> del Carmen Molestina («Calendario de fiestas y celebraciones de la villa de Matute». II Congreso Nacional de Artes y Tradiciones Populares, Zaragoza, 1974).

7. En Jalón y San Román, los mozos solían ir en grupo a las casas de sus correspondientes novias.

8. No hay que olvidar que el noviazgo se concibe como un paso hacia el matrimonio, y que estorbar una determinada modalidad de noviazgo conlleva hacer lo propio con el casamiento. En otro orden de cosas, es necesario decir que excepciones a la tendencia de encuadrar estas fiestas dentro del esquema explicativo de la endogamia son Ana Rivas («Ritos, símbolos y valores en el análisis de la identidad en la provincia de Zaragoza», CAI, Zaragoza, 1986) y Javier Marcos Arévalo («Fiestas populares extremeñas», Cuadernos Populares, n. <sup>o</sup> 1, Editorial Regional de Extremadura).

9. «Apuntes de Etnografía Riojana», Unión Editorial, S.A. Torrejón de Ardoz, 1989.

y, cuando estaban organizados en una sociedad, tan sólo los apelativos de los que habían pagado la peseta de ingreso en la misma <sup>10</sup>.

Edmund Leach define las reglas endogámicas como aquéllas que «prohíben casarse a miembros de diferentes segmentos sociales del mismo sistema global» <sup>11</sup>. Con respecto a la región riojana, no es posible decir que existiesen normas explícitas que impidieran los matrimonios con individuos de fuera de la propia población, pero sí había, en cambio, costumbres y conductas comunes, protagonizadas principalmente por los jóvenes varones (peleas entre las comunidades vecinas, casi siempre por cuestiones de mozas, el cobro de *la robla* a los forasteros que cortejaban a muchachas del lugar, etc.), así como manifestaciones verbales (chascarrillos, refranes, letras de tonadas o leyendas), que inclinaban la voluntad en contra de tales desposorios, dado que las primeras se obstinaban en obstaculizarlos, o el menos en hacerlos más costosos, y las segundas expresaban sin titubeos el desagrado del que eran objeto. He recogido canciones y dichos que desanimaban ni sólo las bodas, sino cualquier género de relación con gentes de otros lugares <sup>12</sup>.

—«En Nestares no te pares,  
En Nieva no comas,  
Y en Pradillo no te cases  
con ninguna cucharona»  
(Torrecilla en Cameros)

—«Si vas a Miranda,  
mira, anda y vete,  
porque si mala es Miranda,  
peor es la gente»  
(Haro)

—«En Zarratón en cada casa un ladrón.  
En Hervías no te rías.  
Y en Bañares no te pares».  
(Badarán)

—«El que afuera va a casar  
o lo engañan o va a engañar».  
(Ábalos)

—«No compres mula en Logroño,  
ni en Santo Domingo paño,  
ni mujer en Labastida,  
ni amigos tengas en Haro.  
La mula te saldrá falsa,  
el paño te saldrá malo,  
y la mujer te saldrá puta  
y los amigos contrarios».  
(Casalarreína)

—«En Hervías no te rías.  
En Bañares no te pares,  
y en San Torcuato poco rato»  
(San Vicente de la Sonsierra)

10. La peseta de mozo la tenían que pagar los mozos que querían ingresar en las ya mencionadas sociedades de mozos. En Cornago, los mozos eran (y son todavía) *incluidos por primera vez en el sorteo cuando entraban en quintas*.

11. «Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos». Ed. Siglo XXI. Madrid, 1976.

12. Se pueden encontrar otros en la citada obra de L. V. Elías.

¿Cabe integrar el sorteo de novias dentro de esta constelación cultural que intentaba proteger la endogamia local? En mi opinión, la respuesta es afirmativa, pero siempre y cuando se tenga en cuenta, en primer lugar, que *es más adecuado hablar de tendencias que de reglas endogámicas*, puesto que —en el caso que nos ocupa— no se descubre la existencia de preceptos que prohibieran, sino de usos que ponían trabas o de enunciados que disuadían; y, en segundo lugar, que *las tendencias endogámicas son susceptibles de una doble definición*: pueden ser consideradas como una predisposición contraria a que los enlaces matrimoniales se realicen entre quienes pertenecen a localidades distintas, o bien como una predisposición favorable a que éstos se lleven a cabo con personas de la propia localidad<sup>13</sup>. Ambas definiciones constituyen sendas caras, una negativa y otra positiva, del mismo fenómeno, e indudablemente la incidencia sobre una de ellas en un sentido determinado (reforzándola o debilitándola, v.g.) supone incidir indirectamente, pero automáticamente, sobre la otra en igual sentido; de tal forma que la precedente distinción puede parecer gratuita, por cuanto las dos definiciones son equivalentes desde un punto de vista lógico. No obstante, esto no es así desde el momento en que el material expresivo (verbal, semiótico, etc.) desplegado para exponer la cara positiva de la endogamia no tiene por qué ser el mismo que el utilizado para manifestar su cara negativa. Y el sorteo de novias, tal como se conocía en La Rioja, lanzaba mensajes positivos<sup>14</sup> de manera casi exclusiva, precisamente porque —como procuraré demostrar— esos mensajes se incardinaban con otros (de mayor potencia) en los cuales las categorías puestas en juego eran las de matrimonio/soltería; es decir, el rito hacía hincapié en la necesidad de que los protagonistas de la fiesta, los mozos, se tomaran su celibato como algo transitorio, como una situación que debía conducir sin demora al matrimonio. En este contexto, está claro que resultaba mucho más efectivo dar primacía al «hay que casarse con (chicas del pueblo, por ejemplo) sobre el «no hay que casarse con (dígase muchachas forasteras o cualesquiera otras)».

En el territorio riojano, como asegura Lévi-Strauss, para «casi todas las sociedades» se concede «una apreciación elevada al status matrimonial»<sup>15</sup>. En contraposición, el celibato, cuando se produce en personas que rebasan cierta edad (y no profesan votos religiosos), provoca una suerte de menosprecio que se refleja incluso en las propias denominaciones que tales personas reciben: mozos viejos o solterones. He sido testigo más de una vez del enorme esfuerzo desarrollado por algunas personas para evitar dichos términos y

---

13. Dejo a un lado el hecho de que pueda tratarse de una generalización estadística.

14. En él, por ejemplo, tenía lugar el acto simbólico de incluir en el sorteo a todos los mozos del lugar; en cambio, ninguno que denotara directamente la exclusión de los forasteros.

15. «Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia», Anagrama. Barcelona, 1976.

encontrar sinónimos (mozos mayores, chicos de edad, etc.) que eludieran su carga despectiva. Por otro lado, los solterones —en cuanto colectivo y a nivel individual— son objeto por parte de sus convecinos no sólo de los comentarios más procaces (que se quieren suavizar con el empleo de un tono jocoso <sup>16</sup>), sino también de chanzas que con dificultad ocultan su función censuradora. Así, en el programa oficial de las fiestas patronales de San Vicente de la Sonsierra de 1985, y en una sección que contiene noticias imaginarias, se puede leer lo siguiente: «Se rumorea que los solteros de San Vicente están intentando llevar a cabo una iniciativa como la de Plan ¡Animaos!». En la Villa de Ocón, la noche del Sábado de Gloria, los chicos jóvenes del pueblo gastaron a los mozos viejos la broma de meterles perros y otros animales en el interior de sus casas. Y en Casalarreina, el mismo sorteo de novias era expresamente utilizado para mofarse de ellos; de tal modo que, mientras en otras localidades se emparejaban con burros y otras bestias a los mozos a quienes el azar había dejado sin su provisionales *partenaires*, en esa población los solterones, en lugar de ser sorteados como los demás, eran unidos directamente con «el chivo de la cabrada» o con «el toro de Valvanera».

La soltería perpetua se presenta como un problema tanto para el pueblo como para los familiares de los que persisten en ella. Dejando aparte la evidente preocupación de los padres por el hecho de que, a su muerte, algunos de sus hijos queden desamparados si permanecen solteros, no cabe duda que, en comunidades donde se estipula que la descendencia se ha de tener dentro del matrimonio, no socializar a sus integrantes en una alta valoración del estado matrimonial (así como en el desdén hacia el celibato definitivo) podría poner en peligro la misma continuidad biológica de dichas comunidades <sup>17</sup>.

A—«Otra cosa es que en este pueblo hay más solteros que en Plan (ríe). ¿Sabes lo de Plan?»

—Sí, he oído hablar de ello.

A—Pues aquí hay más solteros que allí. Hay algunos, pues, ya mayores que, cuando mueran los padres, mal les va a ir. Hombre, ya son mayores, y sin familia, pues, ¿qué van a hacer? Yo no sé si son cortos con las chicas o no se saben comportar con ellas o qué» (Ábalos, 50-55 años, varón).

Pienso que el sorteo de novias era un poderoso instrumento simbólico que recreaba anualmente el gran valor que (al igual que ocurre ahora) se

---

16. En el Valle de San Millán, verbigracia, he oído comentar repetidas veces que «las barras americanas de Nájera se mantienen con los solterones de aquí»; ello para denotar que su número es cuantioso.

17. Sobre todo en los pueblos serranos de la provincia, ese peligro se ha convertido en una realidad, si bien —en este caso— no ha sido causada por una relajación de dichos valores comunitarios, sino por la emigración masiva del sector joven de la población.

le asignaba, en general, al estado de casado y, de un modo particular, a los casamientos realizados dentro del pueblo. Es decir, el rito formaba parte tanto de la constelación cultural que trataba de amparar la endogamia local como de otra que pretendía favorecer el matrimonio sin más. Pero, ¿en qué me baso para emitir semejante afirmación?, ¿acaso constituye éste el significado que los riojanos han dado al sorteo de novias? Cada vez que les pregunté por la razón de su celebración, además de la reiterativa respuesta de «porque era una costumbre», recibí contestaciones como las que siguen:

A—«Hoy en día, pues, la gente simplemente va a leer la lista de cachondeo, y se ríen y tal, pero nada más.

C—Se hace porque siempre ha habido solteros.

A—Eso no es.

B—Pues, lo que se procura es que haya cachondeo. Igual hacen trampa, y ponen a uno que igual se lleva mal con otra, los ponen de novios. Se busca el cachondeo más que nada» (Badarán, 20-30 años, varones y mujer).

—«No se hace por nada. Alguna pareja no digo que, a lo mejor, no llegaría a algo de acuerdo, de “fulano y fulana se van” y tal, ¿no?, pero generalmente lo chistoso era que a un chico le había tocao una moza de setenta años. De ahí venía la risa y la cosa» (El Rasillo, 90-95 años, varón).

—«Se echaba a novias, pues, pa reirse. Se echaba a novias, ¡eh!, y a lo mejor, pues, ¿qué sé yo?, había más mozas que mozos, pues, se les ponía el burro del tío Eusebio, el burro de tal y hasta algún viudo, a lo mejor. Y después, cuando se leía la lista a la puerta de la iglesia, pues: *Fulano de tal, con fulana*, ¡Ah!, la gente se reía» (San Román de Cameros, 90-95 años, varón).

Las declaraciones anteriores conciben el sorteo de novias como algo inane, sin la menor trascendencia, que se hacía (o se hace aún) tan sólo «para reirse», «en plan chistoso» o «de cachondeo». Únicamente un informante parece insinuar el significado que se ha apuntado más atrás: «(Se lleva a cabo) porque siempre ha habido solteros»; sin embargo, enseguida le replica otro de los contertulios: «Eso no es». ¿Hay que abandonar, por tanto, aquella concepción del rito en vista de que no es compartida (al menos expresamente) por sus propios protagonistas? Estimo que no, más cuando —por otro lado— no dejan de reconocer que podía tener consecuencias como éstas:

A—«Y se han hecho parejas, ¡eh! Decían, por ejemplo: *¡Qué chica más maja me ha tocao!*. Y bailaban y después, pues, se hacían pareja (en la vida real).

B—Era la lista de novias, que por la tarde muchos invitaban a la novia a bailar.

A—Era de chirigota, pero se han hecho hasta parejas» (Casalarreina, 60-65 años, varón y mujer).

De cara a elucidar la significación del *sorteo de novias*, conviene adherirse a la postura de Víctor Turner cuando asevera, refiriéndose a los *símbolos*

*rituales ndembu*<sup>18</sup>, que es preciso «confrontar su *significado* (su sentido exegético) con su *uso* (su sentido operacional), observando no sólo lo que los ndembu dicen del símbolo, sino lo que hacen con él». Siguiendo este consejo, pasaré ahora a analizar *lo que se hacía durante* el rito que ocupa nuestra atención. En primer lugar, no se puede obviar el visible contraste que se aprecia entre su interpretación como algo que no procuraba más que causar la risa, y la seriedad con que los actores se tomaban los deberes (y prerrogativas) que adquirirían con respecto a las novias o los novios que la suerte les asignaba. Las siguientes son algunas de las cosas que los informantes nos continúan diciendo sobre el tema:

—«Aunque no le gustara tomar licores, ¿usted iba a la casa de la novia que le había tocado?»

A—Sí, hombre, porque estaba muy mal visto que no lo harías, porque era una costumbre de toda la vida. Igual que sacarla a bailar. Todos bailábamos con la novia, porque, si no, era como un desprecio pa aquella chica. Y, bueno, que era obligatorio de bailar con la novia» (San Román de Cameros, 65-70 años, varón).

A—Antiguamente existía la costumbre de que tenía que ir a la casa de la que le habían echao de novia a tomar chocolate o a almorzar.

B—A tomar café.

A—Bueno, pues, a tomar café. Yo he oído contar a mi madre que se estaban toda la semana haciendo rosquillas y cosas pa causarle buena impresión al novio, y lo invitaban a tomar café o chocolate o lo que sería. Hoy en día eso ya no se hace.

—¿No se habla ni siquiera con la novia?»

A—Hombre, eso sí. Y se la invita a un vermut o algo» (Badarán, 20-30 años, varones).

—«Nos pasábamos dos o tres días limpiando la casa pa, cuando vendría el novio, que la encontrara limpia y bien, porque después de misa venía a tu casa. ¡Madre mía!, ¡venga limpiar pa dejarlo bien pa ese día! (Ajamil, 45-50 años, mujer).

Si un mozo descuidaba o no cumplía sus obligaciones para con su novia, esta última podía sentirse ofendida; además, tal actitud «estaba muy mal vista» a nivel comunitario, se sancionaba culturalmente. Y hay que traer de nuevo a colación que esos comportamientos que, por costumbre, los novios debían asumir imitaban los que las parejas adoptaban habitualmente (y, en cierta medida, adoptan todavía) en la vida real: ofrecerse mutuamente agua bendida al pasar a la iglesia, dedicarle coplas el chico a la chica durante las rondas, bailar, pasear juntos, ir por los bares del pueblo a tomar el aperitivo, entrar el muchacho a la casa de la muchacha, etc. En algunas localidades, el rito no olvidaba ni siquiera insinuar la existencia de escarceos amorosos dentro de las parejas. En Mansilla, por ejemplo, cuando cada mozo acudía a rondar a la novia que el sorteo le había proporcionado, ambos acababan

18. «La selva de los símbolos», Ed. Siglo XXI. Madrid, 1980.

ejecutando una danza, propia de la fiesta, que —según Urbano Abeytua<sup>19</sup>— se desarrollaba de la forma que se describe a continuación:

—«El mozo va a rondar a su pareja trenzando unos pasos con la punta y el tacón, al final de los cuales le entrega una flor. La moza la acepta y, como señal del comienzo del baile, se la devuelve. Contento el rondador, trata de mostrar su alegría besando a la moza durante el baile y tratando ésta de que no lo consiga, siendo motivo de contento el haber conseguido cada cual lo que se proponía...»

Es más, en pueblos como San Román y Torre de Cameros, la lectura de *la lista de novias* se llevaba a cabo de tal manera que incluso simulaba el casamiento de las parejas que la fortuna había unido. Así, en la primera población, tras la misa mayor de la mañana, el alcalde de mozos se encaramaba sobre una tapia del atrio de la iglesia y, ante la expectación de todos, procedía a nombrar a cada una de las parejas con esta fórmula: «Según manda la Santa Madre Iglesia, quieren contraer matrimonio (fulano) y (fulana)». Los mozos de Torre fingían, por otra parte, ofrecerles regalos de bodas a los novios. Todo se hacía dentro de un ambiente humorístico y distendido, siendo los supuestos dones tan inverosímiles que, al mencionarlos, invariablemente se suscitaban las carcajadas de los asistentes. Un informante de San Román, cuyo esposa era originaria de Torre, nos cuenta con todo lujo de detalles cómo ocurría el acontecimiento:

—«En Torre hacían sorteo y, además, hacían casamiento. Pues, iban los mozos a la torre, tocaban las campanas pa llamar la atención, y ya salía uno: “¿Quién se casa?” “Fulano”. “¿Con quién?” “Con fulana”. Porque ya habían hecho el casamiento ellos. Y luego, pa reirse, pues, allá en misa decían: “¿Y qué le dan a este casamiento?” “Una casa sin cimientos” “¿Y qué más?” “La mula de tal” (ríe). Y terminaban de todo lo que decían: “La cencerrada le hemos de dar”. ¡Pim-pam, pim-pam!, se tiraban tocando las campanas que las oíamos desde la jurisdicción de Rabanera. Por allá cerca de Badillos se oían volcar las campanas de Torre» (San Román de Cameros, 90-95 años, varón).

En Ajamil no se realizaban estos casamientos festeros, pero de los mozos (o mozas) a los que la suerte no había suministrado *partenaires* (los cuales, a diferencia de otros lugares, no eran emparejados con objetos o animales) se decía que «se habían quedado viudos (o viudas); lo que sugiere, *in contrario*, que a los demás se les consideraba casados. Y en Cornago, las chicas se referían (y se refiere actualmente) a sus temporales compañeros llamándoles «maridos».

De este modo, y durante un día, todas las parejas se veían llevadas a reproducir casi todas las etapas (si bien invirtiendo su secuencia temporal) que caracterizaban el noviazgo en las zonas rurales de La Rioja: desde su

19. «Canciones y danzas populares de La Rioja», Ministerio de Cultura, Logroño.

inicio —comúnmente— en el baile (fase que en el rito se presentaba al final) hasta el matrimonio (fase que en el rito se presentaba al principio). Bien es cierto que las parejas que creaba el sorteo de novias eran, como sostienen los riojanos, «de chirigota» (por algo las facilitaba la suerte y no duraban normalmente más allá de Año Nuevo), como también lo es que, al proclamarlas, se trataba sobre todo de conseguir las risas de la gente; sin embargo, creo que el hecho de tomarse a broma los emparejamientos y ese halo general de diversión que envolvía la fiesta (si no, no sería tal) no sólo no impedían que llegara hasta sus protagonistas el mensaje que el rito emitía («hay que casarse»), sino que, por el contrario, abrían un canal a través del cual ese mensaje los alcanzaba más fácilmente. El ambiente jocoso, junto a otros estímulos que también podían actuar sobre los mozos (abundante comida, un cierto consumo de alcohol<sup>20</sup>, etc.), contribuían probablemente a que el *rito* convirtiera, en palabras de V. Turner, «lo obligatorio en deseable», a que «las normas y valores se cargaran de emoción»<sup>21</sup>. El sorteo de novias hacía aparecer como «una cosa divertida» la transmisión de un importante valor cultural, lo que a todas luces redoblabla su efectividad.

El sorteo de novias, por consiguiente, cabe ser tomado como un rito propiciatorio del matrimonio; en primer lugar, porque, en cuanto sistema simbólico que recordaba anualmente la alta valoración que se le atribuía al estado matrimonial, empujaba a los mozos a ir pensando en él y, en segundo lugar, porque en su *tempus* no dejaba de ofrecer oportunidades para el surgimiento de noviazgos reales, tal como veremos de inmediato. Así, es posible que muchachos y muchachas que habían tenido poco trato entre sí y, por esta razón, no se habían fijado los unos en las otras, al ser emparejados y verse impelidos a relacionarse en Año Nuevo, comenzaran a atraerse a partir de entonces y trocaran su noviazgo «de chirigota» por uno con visos de continuidad. Ello parece haber ocurrido alguna que otra vez.

Por otro lado, está claro que la fiesta brindaba una inestimable ocasión para empezar los contactos a aquel mozo (o moza) que, aun deseándolo (y bien fuera por motivos de temperamento, a causa de la existencia de barreras socio-económicas o, verbigracia, por enemistades familiares<sup>22</sup>), no se atrevía antes a aproximarse a la muchacha (o muchacho) que ahora la suerte —esta vez la buena suerte— le asignaba como *novia* (o *novio*). Desde luego, lo que sí acaecía era que tanto los chicos como las chicas mostraban un vivo interés por averiguar si la pareja que les había tocado era o no de su agrado.

---

20. Hay que tener en cuenta que la fiesta tenía lugar en navidades, cuando se solía consumir bastantes bebidas alcohólicas y abusar de las comidas.

21. Obra citada, p. 33.

22. Alfredo Gil («La Rioja en sus albores», Zaragoza, 1972) afirma lo que sigue en relación a Almarza de Cameros: «Si esas dos familias (las de los novios) están enemistadas, ese día no lo tendrán en cuenta».

—«Nos hacía mucha ilusión saber quién nos habían echao de novio; y a las madres igual que a las hijas. Igual era por interés (por comprobar si el *novio* era rico) o porque sabía la madre que a la hija le gustaba aquel chico» (Ajamil, 45-50 años, mujer).

A—«Y las chicas deseando leer la lista.

B—¡Uh!, ibas corriendo. Cuando íbamos a misa, corriendo la leíamos a ver cuál nos había tocao. ¡Y teníamos unas penas!

A—A ver si era listo, o era joven o era guapo (ríen).

B—Podía tocar a uno de 15 años con una de 50, y después ¡venga reirte!. Pero se pasaba muy bien.

—¿Y se le invitaba al chico a tomar la pasta, aunque no le gustara a la chica?

B—Si no le gustaba era igual, se le invitaba. Como era en plan de juerga, era lo mismo. ¡Qué más da! Total, éramos todos del pueblo» (Jalón de Cameros, 65-70 años, varón y mujer).

Y no hay por qué descartar la idea de que, en ciertos casos, tras esa curiosidad por conocer la identidad de *la novia* (o *el novio*) se escondiera la consciencia de que aquella posibilidad que sobrevenía con el rito era susceptible de ser explotada. Es el momento de desvelar que, en el supuesto de que la fortuna sonriera a un mozo (o moza) adjudicándole la muchacha (o muchacho) que le gustaba y todavía no se había aventurado a abordar, el agraciado podía mantener en el anonimato sus deseos de relacionarse con ella (o él) gracias a la obligatoriedad con que se revestía el trato durante la fiesta. Es decir, en tales circunstancias, el sorteo de novias se presentaba como un medio para conseguir tantear el terreno amoroso de una manera poco arriesgada y comprometida, puesto que, si se descubría que los anhelos propios no eran compartidos por los *partenaires*, siempre cabía ocultarlos detrás de la costumbre, que imponía comportarse como enamorados, y del azar, que a fin de cuentas era el único responsable de la formación de las parejas<sup>23</sup>. La suerte, los usos comunitarios, y esa atmósfera de gran mojiganga que lo envolvía todo ponían, así, en manos de los actores un disfraz (de los auténticos sentimientos) que se prestaba a ser utilizado según las conveniencias de cada uno.

Un hecho permite sospechar que los mozos veían, y probablemente aprovechaban, las oportunidades que el rito ofrecía: los varones encargados de realizar *la lista*, procurando que el resto del pueblo no se enterara, a veces hacían «trampas» y algunos de ellos se empajaban fraudulentamente, esto es, obviando el trámite de las papeletas, con las mozas que les agradaban<sup>24</sup>. De esta forma, el sorteo de novias no sólo podía ser empleado para la

23. Ricardo Sanmartín («Familia, herencia y cultura», Actas de las Jornadas de Cultura Popular Extremeña, 1987) emprende un bonito examen del rol que se le hace jugar a la suerte en los repartos hereditarios de las zonas donde éstos son a partes iguales.

24. Como ocurrió en San Román de Cameros durante los últimos años en que se efectuó el sorteo de una forma sistemática.

consecución de unos fines personales concretos, sino incluso manipulado de un modo poco ortodoxo.

La fiesta hacía iguales a los mozos y a las mozas de cada pueblo, ya que anulaba temporalmente los noviazgos reales de algunos de ellos con el objeto de que todos jugaran durante un día a estar emparejados. Sin embargo, de esta igualación inicial se derivaban desiguales: unos tenían buena suerte, y les tocaba una *novia* (*novio*) a su gusto, mientras que otros la tenían mala, y eran unidos a un solterón o alguien que no les complacía por cualquier razón. El único recurso que les quedaba era tomárselo con filosofía y humor (aquí la risa vuelve a ser funcional), toda vez que no les estaba dado eludir por ello las obligaciones contraídas con sus parejas. María del Carmen Moles-tina<sup>25</sup> relata lo que sigue en relación a la localidad de Matute:

—«Muchas veces sucedía que cuando a algún mozo no le gustaba la moza que le tocaba en suerte rompía el papel cuando todos se habían ido; pero si se encontraba al culpable, era generalmente castigado con la prohibición de asistir durante todo el año a cualquier fiesta que se celebrara en el pueblo».

¿Y qué decir de los que tenían la pésima suerte de resultados ligados a viudos, animales u objetos? Estos estrambóticos emparejamientos<sup>26</sup>, que provocaban la mayor hilaridad, dejaban fuera de los principales momentos del rito a los muchachos para los que no restaban solteros del sexo opuesto. A este respecto acontecía lo mismo que cuando no se les buscaba *novio* de ningún tipo, es decir, cuando se les mantenía en la *viudedad*, tal como pasaba en Ajamil. ¿Tenía —entonces— algún sentido, aparte de motivar las carcajadas, el emparejarlos de manera tan extravagante? Víctor Turner nos vuelve a prestar una valiosa ayuda a la hora de esclarecer este punto:

—«(El) carácter grotesco y monstruoso de los *sacra* liminares [máscaras sagradas que se les mostraba a los iniciados ndembu] está destinado, no tanto a atemorizar o desconcertar a los neófitos para doblegarlos, como a hacerlos rápida y vivamente conscientes de los distintos factores de su cultura. Yo mismo he podido ver máscaras ndembu y luale que combinan rasgos de ambos sexos, y unen en una misma representación características humanas con las procedentes del entorno natural... Los elementos aparecen separados de su contexto usual y combinados entre sí en una configuración totalmente única, el monstruo o dragón. Los monstruos incitan a los neófitos a pensar acerca de los objetos, personas, relaciones y rasgos de su entorno que hasta entonces habían tomado sin más como dados<sup>27</sup>».

---

25. Obra citada.

26. No cabe duda que —desde nuestra óptica actual— el matrimonio con un viudo o una viuda no es en absoluto estrambótico; pero en los pueblos de la ruralía era concebido como un enlace, al menos, irregular, que era motivo de numerosas burlas durante las cenceradas.

27. Obra citada, p. 117.

Los grotescos emparejamientos de los que estamos hablando, ¿no podían estimular en los mozos riojanos la misma reflexión sobre su cultura que en los ndembu incitaba la contemplación de sus *sacra* liminares?, ¿no los animaba a pensar que aquellas uniones estaban censuradas, en mayor o menor medida, por la comunidad?, ¿no los inducía a acariciar la idea de que era conveniente entablar cuanto antes un noviazgo «normal»? La contestación a estas preguntas la abandono por completo a la consideración de los lectores. Bien es verdad que una respuesta afirmativa encajaría perfectamente dentro del esquema interpretativo del sorteo de novias que he expuesto.